

La ceremonia de la instalación de la Universidad fué revestida de solemne aparato. Cuando toda la concurrencia hubo ocupado los lugares que le estaban asignados, el Ministro de Instrucción Pública se adelantó en el estrado que ocupaba el Presidente de la República, y después de declarar a nombre de éste instalada la Universidad de Chile y de pronunciar un corto discurso para señalar el objeto de esta Corporación, dió lectura a la lista de los miembros que debían componerla. Leyó entonces don Andrés Bello el notable discurso de apertura de las tareas universitarias que la prensa ha reproducido en numerosas ocasiones. Señalando en sus rasgos generales las funciones que los cuerpos de esta clase están llamado a desempeñar en las sociedades modernas, Bello trazaba magistralmente, aunque sólo con unas cuantas plumadas, el programa de trabajos de cada una de las Facultades, programa que sólo ha sido desempeñado en parte. Por último, el Secretario General don Salvador Sanfuentes dió a conocer los temas que proponía cada Facultad para los certámenes literarios del año siguiente. Una salva de veintún cañonazos disparada en el Cerro de Santa Lucía anunció a Santiago que quedaba instalada la Universidad de Chile.

Todo esto, sin embargo, no era más que una parte de la ceremonia de aquel día. La comitiva, poniéndose de pie y colocándose en seguida en rigurosa formación, se dirigía a la Catedral, que estaba preparada de fiesta. Allí se cantó un solemne Tedeum en celebración de aquel gran acontecimiento. Don Mariano Egaña, que haciendo valer su influjo y su prestigio en el Gobierno, había impuesto este ceremonial, habría creído incompleto el acto que se celebraba si no iba acompañado de una fiesta religiosa. La comitiva no se disolvió sino cuando hubo dejado al Presidente de la República en la Casa de Gobierno.

DOS FRAGMENTOS DE POLIBIO

BATALLA DEL LAGO TRASIMENES

Apenas hubo Aníbal levantado el campo (218 años antes de J. C.) de los contornos de Fesula, y avanzado un poco más allá del campamento romano, atacó el país inmediato. Al instante Flaminio, irritado y fuera de sí, reputó este paso del Cartaginés por un desprecio a su persona. Pero cuando vió después la tala de la comarca y el humo que por todas partes indicaba la asolación de la campiña, se lamentó amargamente, teniendo ésta por la más cruel afrenta. Así fué que, aconsejándole algunos que de ningún modo convenía marchar arrebatadamente al enemigo, ni venir con él a las manos sino estar a la defensiva, respetar el número de su caballería y, sobre todo, esperar al otro Cónsul para dar la batalla con todas las legiones juntas, no hizo caso de sus avisos, pero ni sufrir pudo a los que tal le aconsejaban. "Ahora bien, les dijo: recapacitad en vuestro interior al ver talados los campos casi hasta la misma Roma y nosotros acampados en la Etruria a espaldas del enemigo". Por último, dicho esto, levantó el campo y marchó con el ejército sin ninguna previa noticia de las circunstancias ni del terreno; sólo sí con el ardiente deseo de venir a las manos, como si tuviese segura la vic-

toria. Era tal la confianza que había inspirado en la multitud, que eran más los que iban a consecuencia del ejército por la codicia del botín, cargados de cadenas, grillos y otros semejantes aparatos, que los mismos armados. Entre tanto, Anníbal avanzaba siempre hacia Roma por la Etruria, teniendo la ciudad de Cortona y montes a ella vecinos a la izquierda, y el lago Trasimenes a la derecha. Al paso que se iba internando, incendiaba y talaba los campos, para provocar más la cólera del Cónsul. Pero luego que ya advirtió que estaba cerca Flaminio, reconoció los puestos oportunos para su intento, y se dispuso para una batalla.

Había sobre el tránsito un llano valle, cuyos dos costados estaban coronados, a lo largo, de unos cerros encumbrados y continuos. En su anchura tenía al frente una montaña escarpada y de difícil acceso, y a la espalda un lago, entre el cual y las raíces de los collados quedaba una entrada muy estrecha, que conducía al valle. Anníbal, pues, habiendo entrado en este sitio por el desfiladero inmediato al lago, tomó la montaña del frente, y apostó en ella los Africanos y los Españoles. Situó los Baleares y lanceros de la vanguardia alrededor de los cerros que caían a la derecha, dándoles la mayor extensión que pudo. Igualmente colocó la caballería y los Galos alrededor de los de la izquierda; pero con tal extensión, que los últimos tocasen con la entrada que, entremedia del lago y el pie de las montañas, conducía al valle. Dadas estas disposiciones durante la noche, y apostadas varias emboscadas alrededor del valle, se estaba quieto. Flaminio marchaba detrás, con el anhelo de alcanzar al enemigo. El día anterior, por haber llegado tarde, acampó a las márgenes del lago; pero al amanecer del siguiente condujo por el lago su vanguardia al inmediato valle con el fin de provocar al enemigo.

Había aquel día una niebla muy espesa. Lo mismo fué conocer Anníbal que la mayor parte había entrado en el valle, y tocada ya con él la vanguardia enemiga, dió la señal de acometer, y envió órdenes a los que estaban emboscados para atacar a un tiempo a los Romanos por todas partes. Flaminio se sorprendió de un lance tan imprevisto. Los jefes y tribunos Romanos, rodeados de una densa niebla que les impedía la vista, y atacados e invadidos desde lo alto por diferentes partes, no sólo se hallaban imposibilitados de acudir adonde era necesario, pero ni aún entender podían lo que pasaba. En efecto, ya les acometían por el frente, ya por la espalda, ya por los costados, de que provenía que los más eran pasados a cuchillo en la misma forma que iban marchando, sin darles lugar a ponerse en defensa, vendidos, digámoslo así, por la impericia de su jefe. Estaban aún deliberando lo que habían de hacer, cuando de improviso se descargaba sobre ellos el golpe de la muerte. A esta sazón, Flaminio, abatido y desesperanzado de todo remedio, perdió la vida a manos de ciertos Galos que lo atacaron. Murieron en el valle casi quince mil Romanos, sin poder obrar ni evitar el lance. Esta es una ley inviolable en su disciplina, no huir ni desamparar las líneas. Los que a la entrada del desfiladero fueron interceptados entre el lago y el pie de las montañas, tuvieron una muerte vergonzosa, o, por mejor decir, lastimosa. Impelidos dentro del lago unos, turbado el sentido, se echaron a nadar, y con el peso de las armas se ahogaron y los más se metieron hasta donde pudieron, dejando sólo la cabeza fuera del agua. Mas luego que sobrevino la caballería, viendo inevitable su ruina, levantaban las manos, pe-

dían la vida y hacían todo género de humillaciones; pero, al fin, o fueron degollados por los enemigos, o, animándose mutuamente, se dieron una muerte voluntaria. Sólo seis mil hombres de los que entraron en el valle vencieron a los que tenían al frente; aunque muy capaces de contribuir en gran parte a la victoria, ni pudieron dar socorros a los suyos, ni rodear a los contrarios, por no ver lo que se hacían. Con el afán de ir adelante, marchaban creyendo encontrar siempre Cartagineses, hasta sin saber cómo se hallaron en las cumbres. Puestos en lo más alto, y disipada ya la niebla, advirtieron el estrago sucedido, e imposibilitados de hacer algún esfuerzo, por estar ya el enemigo apoderado de toda la campaña, se retiraron, unidos, a cierto lugar de la Etruria. Después de la acción se destacó allá al capitán Maharbal con los Españoles y Lanceros, sitió el lugar por todas partes y los redujo a tal escasez, que, depuestas las armas, se rindieron bajo la sola condición de que se les salvase las vidas. Así pasó en general la batalla que se dió en la Etruria entre Romanos y Cartagineses.

Anníbal, traídos a su presencia los prisioneros, tanto los que Maharbal había hecho como los otros, los juntó todo en número de más de quince mil, y ante todas cosas les dice: que Maharbal no tenía facultades para asegurarle la vida sin haberle consultado. De aquí tomo motivo para reprender a los Romanos; y hecho esto, distribuyó entre los batallones, para que los custodiasen, a cuantos habían sido cogidos. A los aliados los dejó ir todos a sus casas sin rescate, advirtiéndoles lo mismo que anteriormente había dicho, que él no había venido a hacerle la guerra a los Italianos, sino a los Romanos, por recobrar a ellos la libertad. Después dió descanso a su tropa, e hizo los funerales a treinta de los más principales de su ejército que habían muerto. La pérdida total ascendía a mil quinientos hombres, la mayor parte Galos. Hecho esto, seguro ya de la victoria, deliberaba con su hermano y demás confidentes por dónde y cómo adelantaría sus conquistas. (III, 23).

JUICIO POLÍTICO DE POLIBIO

Si sólo se hubiera de tratar de las Repúblicas griegas, del acrecentamiento de unas y de la ruina total de otras, a poca costa se daría cuenta de lo pasado y se juzgaría de lo por venir. Contar lo que se sabe, es fácil; y pronosticar lo futuro por conjeturas del pasado, no es dificultoso. Pero habiéndose de hablar de la República Romana, no es lo mismo. Porque ni es fácil analizar su estado presente, por la variedad de gobierno, ni adivinar el futuro, por la ignorancia de costumbre que, en general y en particular, usó este pueblo en lo antiguo. Y así, si se han de investigar con precisión las ventajas que en sí encierra esta República, es empresa de un estudio y atención nada ordinaria.

Las más que escriben con método de política, asignan tres especies de gobierno: Real, Aristocrático y Democrático. Me parece se les pudiera preguntar con justo motivo si nos las proponen como solas o como las mejores. Pero sea lo que fuese, a mi entender pecan en uno y otro extremo. No son las mejores; pues que es evidente, y lo comprueban no sólo la razón, sino la experiencia, que la mejor forma de gobierno es la que se compone de las tres sobredichas, tal como la que estableció Licurgo el primero en Lacedemonia. No son tampoco las únicas: vemos ciertos gobiernos Monárquicos y

Tiránicos que se distinguen infinito del Real, bien que tengan con éste alguna semejanza, bajo la cual todos los monarcas y tiranos procuran en lo posible paliar y colorear el nombre de reyes. Se encuentran también muchos Estados gobernados por un corto número que, aunque parecen tener alguna conformidad con la Aristocracia, es infinita la diferencia que entre ellos se halla. Lo mismo se debe decir de la Democracia.

Para convencimiento de lo que digo, nótese que no toda Monarquía es reino, sino sólo aquella que se compone de vasallos voluntarios y que es gobernada más por la razón que por miedo y violencia; ni toda Oligarquía merece el nombre de Aristocracia, sino aquella donde se escogen los más justos y prudentes para que la manden. Igualmente no es Democracia aquella en que el populacho es árbitro de hacer cuanto quiera y se le antoje, sino la que prevalecen las patrias costumbres de venerar los Dioses, respetar a los padres, reverenciar a los ancianos y obedecer las leyes: entre semejantes sociedades sólo se debe llamar Democracia donde el sentimiento que prevalece es el del mayor número.

Sentemos, pues, que hay seis especies de gobierno: tres que todo el mundo sabe y nosotros acabamos de proponer, y tres que tienen relación con las antecedentes, a saber: el gobierno de uno solo, el de pocos y el del populacho. El gobierno de uno solo o Monárquico se estableció sin arte, sólo por impulso de la naturaleza: de éste se deriva y trae su origen el Real, si se añade el arte y la corrección. El Real, si degenera en los vicios que le son connaturales, viene a parar en Tiranía, y de las ruinas de ésta y aquél nace la Aristocracia. De ésta, que por naturaleza se inclina al gobierno de pocos, si el pueblo se llega a irritar y vengar las injusticias de los próceres, se origina la Democracia, y si llega a ser insolente y menospreciar las leyes, se origina la Olocracia, o gobierno del populacho. Que es cierto lo que digo, lo conocerá cualquiera fácilmente si reflexiona sobre los principios naturales, origen y alteraciones de cada especie de gobierno. Sólo el que sepa la constitución natural de cada Estado es el que podrá conocer a fondo sus progresos, su auge, su mutación, su ruina, cuándo y cómo sucederá y en qué forma se cambiará. Me presumo que si en alguna república es adaptable este género de examen, con especialidad es la Romana, porque su primer establecimiento y sus progresos son conforme a la misma naturaleza.

Se me dirá acaso que esta mutación natural de Estados se halla tratada con más exactitud en Platón y otros filósofos. Pero como esta materia es obscura, prolija, y entendida de pocos, nosotros extractaremos lo que convenga a una historia verdadera y sea adaptable a la comprensión de todos; pues caso que esta idea general no satisfaga en un todo el examen individual que se hará adelante, satisfará plenamente las dudas que ahora se formen.

¿Cuál es, pues, el principio de las sociedades y de dónde diremos que traen su origen? Cuando por un diluvio, una enfermedad epidémica, una escasez de frutos, u otras calamidades semejantes viene la ruina del género humano, como ya ha sucedido y dicta la razón que sucederá aún muchas veces, con los hombres perecen también los inventos y las artes. Pero después que de las semillas que se han salvado se vuelve a multiplicar con el tiempo la especie humana, entonces sucede a los hombres lo que a los demás animales. Se asocian, se congregan, como es regular a los de una misma especie y lo dicta la debilidad de su misma naturaleza; y entonces, por

necesidad, el que excede a los otros en fuerzas corporales, espíritu y atrevimiento, se pone a su cabeza y los gobierna. Esto debemos creer que es obra puramente de la naturaleza; pues que vemos en los otros animales que no se gobiernan sino por instinto, que los más fuertes sin disputa hacen oficio de conductores, como el toro, el jabalí, el gallo y otros semejantes. Es muy probable que al principio fuese así la vida de los hombres; juntarse en una grey a manera de animales, y dejarse conducir de los más fuertes y poderosos. Mientras la autoridad se mide por las fuerzas, se llama Monarquía; pero después que con el trascurso del tiempo se introduce en la sociedad una educación común y un trato mutuo, ya entonces pasa a ser Reino; y este es el momento en que el hombre comienza a formarse idea de lo honesto y de lo justo, así como de los vicios contrarios.

Tal es el origen y modo de formarse las sociedades. Todos nos inclinamos naturalmente al coito, y de aquí nacen los hijos. Cuando éstos llegan a la pubertad y no proceden reconocidos, ni socorren a los que los han criado, sino al contrario los tratan mal de palabra u obra, es claro que ofenden y dan en rostro a los que lo ven y son sabedores de los cuidados y desvelos que han tenido los padres en la educación y crianza de los hijos. Y como el hombre se distingue de los demás animales en que él solo piensa y discurre, no es verosímil deje de hacer alto en una cosa que advierte aún en los otros animales; al contrario, le hará eco tal ingratitud, le chocará por lo pronto tal procedimiento, y previendo lo por venir, hará su cuenta de que podrá sucederle a él igual trabajo. Lo mismo digo de un hombre que es socorrido y aliviado de otro en un peligro: si éste tal, en vez de dar las gracias al libertador, intenta agraviarle, es constante será odiado y aborrecido de los que lo sepan, y al paso que se compadecerán del prójimo, se temerán no les suceda a ellos otro tanto. De aquí nace en el hombre una idea de la obligación; contempla la fuerza que tiene, y en esto consiste el principio y fin de la justicia.

Igualmente, ¿por qué al que se expone a los peligros por la salud de todos, al que sufre y resiste el ímpetu de los animales más bravos, se le aplaude, se le venera y se le mira como a patrono, y al que hace lo contrario se le desprecia y aborrece? Esto no puede provenir sino de la consideración que hace el vulgo sobre lo torpe y honesto, y sobre la diferencia que hay entre uno y otro extremo; de donde saca, lo honesto merece nuestro celo e imitación, por la utilidad que nos procura; lo torpe nuestra aversión y desprecio. Cuando el que manda y supera en fuerza a los demás, llega a adquirir en el pueblo el concepto de perpetuo favorecedor y recto distribuidor del premio entre sus súbditos según el mérito, de allí adelante, como ya deja de temerse la violencia y hace su oficio la razón, se someten, se unen para conservar la autoridad, y aunque llegue a la decrepitud, unánime se le defiende y conspiran contra los que quieren atacar su poder, y de este modo, cuando la razón llega a ejercer su imperio sobre la ferocidad y la fuerza, de monarca pasa a rey insensiblemente y sin que nadie lo perciba.

Tal es la primera noción que naturalmente adquiere el hombre de lo honesto y de lo justo, y de los vicios opuestos. Tal principio y origen del verdadero Reino. Los súbditos no sólo conservan a éstos la dignidad real, sino que la continúan a sus descendientes por largo tiempo; porque se persuaden que ramas de semejante tronco y educadas por tales padres, tendrán también iguales costumbres. Pero desde que el pueblo se disgusta con los sucesores,

necesidad, el que excede a los otros en fuerzas corporales, espíritu y atrevimiento, se pone a su cabeza y los gobierna. Esto debemos creer que es obra puramente de la naturaleza; pues que vemos en los otros animales que no se gobiernan sino por instinto, que los más fuertes sin disputa hacen oficio de conductores, como el toro, el jabalí, el gallo y otros semejantes. Es muy probable que al principio fuese así la vida de los hombres; juntarse en una grey a manera de animales, y dejarse conducir de los más fuertes y poderosos. Mientras la autoridad se mide por las fuerzas, se llama Monarquía; pero después que con el trascurso del tiempo se introduce en la sociedad una educación común y un trato mutuo, ya entonces pasa a ser Reino; y este es el momento en que el hombre comienza a formarse idea de lo honesto y de lo justo, así como de los vicios contrarios.

Tal es el origen y modo de formarse las sociedades. Todos nos inclinamos naturalmente al coito, y de aquí nacen los hijos. Cuando éstos llegan a la pubertad y no proceden reconocidos, ni socorren a los que los han criado, sino al contrario los tratan mal de palabra u obra, es claro que ofenden y dan en rostro a los que lo ven y son sabedores de los cuidados y desvelos que han tenido los padres en la educación y crianza de los hijos. Y como el hombre se distingue de los demás animales en que él solo piensa y discurre, no es verosímil deje de hacer alto en una cosa que advierte aún en los otros animales; al contrario, le hará eco tal ingratitud, le chocará por lo pronto tal procedimiento, y previendo lo por venir, hará su cuenta de que podrá sucederle a él igual trabajo. Lo mismo digo de un hombre que es socorrido y aliviado de otro en un peligro: si éste tal, en vez de dar las gracias al libertador, intenta agraviarle, es constante será odiado y aborrecido de los que lo sepan, y al paso que se compadecerán del prójimo, se temerán no les suceda a ellos otro tanto. De aquí nace en el hombre una idea de la obligación; contempla la fuerza que tiene, y en esto consiste el principio y fin de la justicia.

Igualmente, ¿por qué al que se expone a los peligros por la salud de todos, al que sufre y resiste el ímpetu de los animales más bravos, se le aplaude, se le venera y se le mira como a patrono, y al que hace lo contrario se le desprecia y aborrece? Esto no puede provenir sino de la consideración que hace el vulgo sobre lo torpe y honesto, y sobre la diferencia que hay entre uno y otro extremo; de donde saca, lo honesto merece nuestro celo e imitación, por la utilidad que nos procura; lo torpe nuestra aversión y desprecio. Cuando el que manda y supera en fuerza a los demás, llega a adquirir en el pueblo el concepto de perpetuo favorecedor y recto distribuidor del premio entre sus súbditos según el mérito, de allí adelante, como ya deja de temerse la violencia y hace su oficio la razón, se someten, se unen para conservar la autoridad, y aunque llegue a la decrepitud, unánime se le defiende y conspiran contra los que quieren atacar su poder, y de este modo, cuando la razón llega a ejercer su imperio sobre la ferocidad y la fuerza, de monarca pasa a rey insensiblemente y sin que nadie lo perciba.

Tal es la primera noción que naturalmente adquiere el hombre de lo honesto y de lo justo, y de los vicios opuestos. Tal principio y origen del verdadero Reino. Los súbditos no sólo conservan a éstos la dignidad real, sino que la continúan a sus descendientes por largo tiempo; porque se persuaden que ramas de semejante tronco y educadas por tales padres, tendrán también iguales costumbres. Pero desde que el pueblo se disgusta con los sucesores,

pasa a elegirse magistrados y reyes; y entonces ya no recae la elección sobre el brío y la fuerza, sino sobre la prudencia y sabiduría, desengañado por la experiencia de las ventajas de los dotes de espíritu sobre los del cuerpo.

En lo antiguo, los que una vez eran puestos sobre el trono, envejecían en la dignidad. Sus cuidados eran fortificar puestos ventajosos, cercarlos de murallas y extender sus dominios, tanto para la seguridad propia, como para la abundancia de lo necesario en sus vasallos. Mientras se ocupaban en esto, como no se diferenciaban en el vestido ni en la mesa, sino que traían igual porte y método de vida que los demás, estaban exentos de los tiros de la calumnia y de la envidia. Pero después que sus herederos y sucesores hallaron prevenido todo lo concerniente a la seguridad, y aún más de lo que necesitaban para satisfacer las necesidades de la vida, entonces lisonjeaban sus pasiones con la abundancia, creyeron que la majestad debía fundarse en traer un vestido más rico, mantener una mesa más opípara, gastar un tren más costoso que sus súbditos, y en que ninguno pudiese contradecirlos en sus amores y pasiones aunque ilícitas. De estos desórdenes, unos se suscitaron la envidia y ofensa, otros el odio e ira implacables, y de reyes pasaron a tiranos; pero al mismo tiempo se echaron los cimientos de su ruina, y se conspiró contra su autoridad; designio que nunca fué de hombre despreciable, sino de los más ilustres, más magnánimos y más esforzados; porque éstos son los que menos pueden sufrir la insolencia de los tiranos.

No bien se ve el Pueblo con jefes, cuando les presta su poder contra los Reyes; y abolida hasta la sombra de Reino y Monarquía, pasa a fundar y establecer la Aristocracia. El Pueblo, reconocido a los que le han libertado de los Monarcas, se entrega sin detenerse a su conducta, y les fia sus personas. Estos, pagados de tal confianza, al principio reputan por principal obligación el bien de la República, y dan toda su atención y cuidado al manejo de los negocios, tanto particulares como del Estado. Pero suceden sus hijos en las mismas dignidades, gente poco acostumbrada al trabajo, sin la más mínima noción de la igualdad y de la libertad constitutivas de una República, criados desde la infancia entre los honores y dignidades de sus padres; y abandonándose unos a la avaricia y torpe deseo de riquezas, otros a las borracheras y comilonas insaciables, otros a los adulterios y amores infames, mudan la Aristocracia en Oligarquía; pero al mismo tiempo excitan en el pueblo los mismos sentimientos que anteriormente había tenido, y vienen a lograr el mismo fin que lograron los tiranos.

Si después algunos, vista la envidia y odio de que el pueblo está animado, tienen la audacia de decir o hacer alguna cosa contra los jefes, y hallan a la multitud en disposición de coadyuvar sus intentos, las consecuencias son la muerte de unos... y el destierro de otros... En este caso, a nombrar rey ya no se atreven: dura aún el temor de la injusticia de los pasados. Para confiar el gobierno a muchos no tienen ánimo; está aún muy reciente la memoria de anteriores yerros. Sólo les queda a salvo el recurso que hallan en sí mismos; a éste se avienen y ven aquí transformado el gobierno de Oligarquía en Democracia, y substituído el poder y cuidado de los negocios en sus personas.

Mientras duran algunos que sufrieron la insolencia y despotismo del gobierno anterior, contentos con el presente estado, prefieren a todo la igualdad y la libertad. Pero suceden jóvenes, entra el gobierno en manos de sus nietos,

y ya entonces la misma costumbre desestima la igualdad y la libertad, y sólo se anhela por dominar a los otros: escollo donde comúnmente tropiezan los que exceden en riquezas. De aquí en adelante, arrastrados de esta pasión, como no pueden satisfacerla ni por sí propios ni por sus virtudes personales, emplean sus bienes en cohechar y corromper el pueblo de todos modos. Una vez enseñado éste a dejarse sobornar y vivir a costa de la loca ambición de honores de sus jefes, desde aquel punto desaparece la Democracia, y sucede en su lugar la fuerza y la violencia. Porque acostumbrada la plebe a mantenerse de lo ajeno y a fundar la esperanza de subsistencia sobre el vecino, si a la sazón se le presenta un jefe esforzado, intrépido y excluido por la pobreza de los cargos públicos, se asocia con él, se entrega a los últimos excesos, y todo son muertes, destierros, repartimientos de tierras, hasta que, al fin, encrudelecida, vuelve a hallar señor y monarca que la domine

Tal es la revolución de los gobiernos, tal el orden que tiene la naturaleza en mudarlos, transformarlos y tornarlos a su primitivo estado. Conocidos a fondo estos principios, bien podrá uno engañarse sobre la duración que ha de tener el presente estado; pero rara vez le desmentirá el fallo que eche sobre el grado de elevación o decadencia en que se halla, ni sobre la forma de gobierno en que vendrá a cambiarse, si lo forma sin pasión ni envidia.

Con esta investigación fácilmente se conocerá el establecimiento, progresos, elevación y trastorno que vendrá a tener la República Romana. Pues, aunque, como acabo de decir, esta República está fundada desde el principio y acrecentada según las leyes de la naturaleza tan bien como otra, con todo sufrirá igualmente su trastorno natural. Pero esto lo aclarará mejor la consecuencia. Ahora disertaremos brevemente sobre la legislación de Licurgo; asunto que no desdice de nuestro propósito.

Licurgo había llegado a comprender que todos los trastornos que hemos dicho eran naturalmente inevitables. Estaba persuadido que toda especie de gobierno simple y constituida sobre una sola autoridad era peligrosa, por degenerar prontamente en el vicio familiar y consiguiente a su naturaleza. A la manera que el orín en el hierro, la polilla y carcoma en la madera son pestes connaturales que, sin necesidad de otros males exteriores, corroen estos cuerpos, porque fomentan en sí mismos la causa de su destrucción, del mismo modo cada especie de gobierno alimenta dentro de sí un cierto vicio que es la causa de su ruina. Por ejemplo, la Monarquía se pierde por el Reino, la Aristocracia por la Oligarquía, la Democracia por el poder desenfrenado y violento, en cuyas transformaciones es imposible, como poco ha decíamos, dejen de venir a parar con el tiempo todas las especies de gobierno mencionadas. Atento a esto, Licurgo formó su República, no simple ni uniforme, sino compuesta de lo bueno y peculiar que halló en los mejores gobiernos, para que ninguna potestad saliese de su esfera y degenerase en el vicio connatural. En su República estaban contrapesadas entre sí las autoridades, para que la una no hiciese ceder ni declinar demasiado a la otra, sino que todas estuviesen en equilibrio y balanza, a la manera del bajel que por todas partes es impelido igualmente de los vientos. El miedo del pueblo, que tenía su buena parte en el gobierno, contenía la soberbia de los reyes. Al pueblo, para que no se atreviese contra el decoro de los reyes, refrenaba el respeto del Senado, cuerpo compuesto de gentes escogidas y virtuosas, que siempre se habían de poner de parte de la justicia. De suerte que la parte más flaca,

pero que conservaba en vigor la disciplina, venía a ser la más fuerte y poderosa con la agregación y contrapeso del Senado. Con este género de gobierno conservaron los Lacedemonios su libertad por más tiempo que otro pueblo de que tengamos noticia y con esta política, Licurgo, previendo de dónde y cómo se originan los males, estableció la dicha República sin peligro.

Los Romanos, aunque en el establecimiento de su República se propusieron el mismo objeto, no fueron conducidos por la razón, sino por los muchos combates y peligros, a cuya costa aprendieron la forma de gobierno que más bien les convenía. De este modo llegaron al mismo fin que Licurgo, y fundaron una República la más perfecta que conocemos

El recto juez no debe calificar los escritores por lo que omiten, sino por lo que dicen. Si en ellos se encuentra alguna cosa falsa, se debe persuadir que aquélla se les escapó por ignorancia; pero si todo es verdadero, les debe hacer el favor de que el silencio, en ciertas cosas, más proviene del juicio que de la ignorancia. (VI; 2, 3, 4 y 5).